

LA ETIQUETA AL PODER

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA crisis de Unión de Centro Democrático, que navega sobre el fondo de la recomposición política de la derecha que se mueve en un marco democrático y constitucional, acaba de desembarcar —momentáneamente— en las playas del liberalismo; en efecto, tanto el presidente del Gobierno como Pío Cabanillas o el mismo Martín Villa redescubren que en el mercado de siglas políticas la etiqueta liberal no tiene padre o madre conocidos, y que les puede ser útil en la lucha por el poder que mantienen entre sí las distintas tendencias y clanes de toda la derecha civilizada. Los mencionados políticos, más otros que aspiran a serlo, unidos a dos personalidades de talante liberal —José María de Areilza y Antonio de Senillosa— confluyen conjuntamente, con algunos intereses empresariales e informativos en el intento de resurrección de las siglas liberales en España. La necesidad de impedir que el proceso de reconversión de la derecha beneficie en demasía a Manuel Fraga, como se desprende de la fuga de diputados centristas a Coalición Democrática, más sus propios objetivos, hacen que asistamos a la tentativa de poner en pie el liberalismo desde las estructuras orgánicas del centrismo.

Esta operación, que no está dirigida contra el centro derecha sino que persigue que esta política sea hegemónica desde el centrismo y no desde Alianza Popular, ha suscitado rápidamente la condena editorial de dos medios de comunicación ligados a los proyectos de la gran derecha o del centro izquierda. Los recientes editoriales de el «Ya» y «El País» coincidían, desde enfoques contrapuestos, en descalificar duramente esta maniobra; que, de cuajar, sería un serio obstáculo para las perspectivas de los partidos bisagras socialdemócratas y de los grandes preparativos de la

gran derecha o mayoría natural. La conclusión de ambos medios era la misma: el liberalismo no existe en España y no es más que una hoja de parra que esconde determinados intereses políticos o económicos; ergo, el proyecto liberal no hará más que aumentar la confusión y la perplejidad del español medio que se encuentra sumido en una bruma política ya de por sí bastante densa. Por el contrario, para otros medios de información, como «ABC» o «Diario 16», el liberalismo es la panacea de los graves problemas con los que se encuentra la derecha: combina las opciones formales progresistas de los socialdemócratas con los puntos de vista económicos de los moderados.

Obviamente el liberalismo se ha convertido en uno de los conflictos políticos que se dirime en periódicos, semanarios y radios, que de nuevo están jugando la función del parlamento de papel que ya jugaron nada más salir de la dictadura. Y en esta discusión, cuando aún el liberalismo no es más que un tigre de papel, ambos son parciales: los detractores, al ver la paja de la etiqueta en los ojos de los partidarios sin tener en cuenta la viga de la etiqueta que tienen en sus propios ojos; los partidarios, en estimar que el liberalismo es la columna vertebral del centrismo cuando ideologías definidas y concretas como la socialdemocracia y la democracia cristiana no han conseguido organizar un auténtico partido de la derecha civilizada, que demanda con urgencia este bloque social y la misma seguridad y estabilidad del sistema democrático. La operación liberal, aquí y ahora, no es más que un intento coyuntural —todavía está por verse si prosperará o no— de impedir que la recomposición política de la mitad del país sea liderada por Manuel Fraga y sus compañeros; es el fracaso de los moderados o demócratas cristianos, en su objetivo fallido de recomponer el centrismo, lo que ha dado la oportunidad a la actual tendencia liberal que acaba de emerger en Unión de

Centro Democrático de la noche a la mañana: Leopoldo Calvo Sotelo, Rodolfo Martín Villa y Pío Cabanillas son socios fundadores de las siglas centristas desde 1977 y sólo en 1982 han descubierto el liberalismo reprimido y frustrado que por lo visto llevaban dentro de sí.

Un mercado con poca oferta y mucha demanda

Evidentemente esta tentativa de resucitar la Unión Liberal de O'Donnell de 1854, frente a los herederos actuales del Espadón de Loja (Narváez) que se ubican a la derecha del centrismo, se reduce a echar mano de una devaluada etiqueta que hasta ahora había manejado, fundamentalmente, el desaparecido Joaquín Garrigues; fuera de él y del reducido núcleo de personas que aglutinaba no quedaban más que pálidos aspirantes a partidos liberales que desembocaban, posteriormente, en la extrema derecha o retornaban a sus profesiones una vez fracasados en la carrera política. Pero esta evidencia, que nadie en su sano juicio político puede negar, no es una excepción en el escenario político de nuestro país; más aún, es la reedición sin corregir y aumentada de lo que, sustancialmente, compone el abanico político español.

Para poder participar en la profesión política, que en lo esencial se reduce al arte de cómo conseguir el poder interno o externo en el más corto plazo de tiempo posible, en un sistema democrático es condición «sine qua non» la posesión de una etiqueta política; que, luego, podrá ser o no un verdadero partido político en función de muchos factores objetivos y subjetivos; de ahí que todos los partidos políticos sean una etiqueta, pero muy pocas etiquetas son partidos políticos. Es una fase previa que, más tarde, generará o no una organización política. Así al iniciarse la transición política, con excepción del

ACABARAN COPIANDONOS.

PERO TENDRAN QUE PASAR POR TODO ESTO.



NP 400

Canon
COPIADORAS

Y todo lo imaginable
Es la supercopiadora de Canon. Capaz de todo.
Completa hasta el más mínimo detalle.
Perfecta para cualquier profesional.

ADEMÁS:

- Sólo Canon ofrece una garantía total de dos millones de copias.
- Y más servicio más cerca. Para que su copiadora esté a punto cuando usted lo necesite. Es decir, siempre. Con Canon las copias están claras y el servicio técnico más cerca.

Deseo recibir más información sobre la Copiadora NP 400.

Nombre _____

Empresa _____

Cargo _____

Domicilio _____

Ciudad _____

Teléfono _____



Copiadora
oficial del
Mundial 82.

ACABARAN COPIANDONOS.

CANON COPIADORAS DE ESPAÑA, S. A.
Ava. Filipinas, 52. Tel. (91) 253 12 07. Madrid-3.
Gran Vía de Carlos III, 86. Tel. (93) 330 16 04. Barcelona-28.
Ava. Navarro Reverter, 6. Tel. (96) 334 42 03. Valencia-4
Tuna, 4. Tel. (954) 27 59 01. Sevilla-11.

LA ETIQUETA AL PODER

Partido Comunista, el resto de las siglas no eran más que etiquetas sin ningún contenido social, político e ideológico; y desde entonces hasta ahora la derecha no ha superado esta fase previa del etiquetaje y la izquierda conoce un doble proceso: quienes no eran más que una etiqueta llevan camino de ser un partido político (PSOE) y quienes eran el único partido político que existía en el país llevan camino, paradójicamente, de reducirse a una etiqueta (PCE).

Todo este proceso conduce a la situación peculiar en la que nos encontramos: con la salvedad de los partidos nacionalistas periféricos —que responden a una ideología y una política muy definida y concretizada tanto en un programa como en su soporte social— todo el resto de las fuerzas políticas no son más que etiquetas: unas en una etapa avanzada, como el socialismo, y otras en una fase atrasada, como el centrismo o las distintas tendencias centristas, en el recorrido hacia su consagración como partido político. Las siglas PSOE estaban arrojadas en la cuneta histórica en 1972 cuando un grupo osado de jóvenes se apoderó de ellas mediante un golpe de estado interno en Toulouse, las del centrismo se las llevó Adolfo Suárez tras una dura lucha con José María de Areilza y las de Alianza Popular Manuel Fraga tras convertirse en el «primus inter pares» de los siete magníficos iniciales; hoy todavía la etiqueta socialista está en disputa desde el mismo interior de su organización, el centrismo se divide en la socialdemocracia, los moderados demócratas cristianos y los liberales y hasta la misma etiqueta PCE, que está dejando de ser un partido político, empieza a estar en disputa entre Roberto Letxundi y Ramón Ormazábal en el País Vasco, Paco Frutos y Pere Ardiaca en Cataluña y Carlos Zaldívar y Santiago Carrillo en Madrid.

En conclusión son muy pocas las etiquetas y muchos los que quieren adjudicárselas; escasa la oferta y mucha la demanda. Luego si se descalifica a quienes en estos momentos recurren a la etiqueta liberal habrá que descalificar a casi todo el mundo político, con la excepción conocida de los partidos nacionalistas periféricos. El proyecto de la Unión Liberal 1982 es tan condenable o elogiado como las distintas operaciones políticas presentes en el variopinto escenario de la política española. ¿Por qué exigir a los liberales de hoy, o al menos a los que eligen esta etiqueta, una concreción ideológica, una definición política, una estructuración orgánica cuando

no se hace lo mismo con el resto de las etiquetas políticas que circulan por el país?

Normas de etiquetaje

Tanto es así que en el mundo político ocurre con las etiquetas lo que sucede con las mercancías en el mercado: existen etiquetajes que no precisan la composición de los productos e incluso existen etiquetajes que no responden a las características que describen. Las dos grandes crisis del centrismo y del comunismo, la minicrisis del socialismo, reflejan la misma situación del aceite de oliva que es de soja o del preparado alimenticio que no enumera los componentes con los que ha sido preparado. La intoxicación alimenticia de 1981, motivada por el consumo de aceite de colza desnaturalizado, ha ido paralela a una intoxicación política; las protestas de los consumidores por las características que reinan en el mercado de la alimentación se doblan con las protestas de parte de los militantes y de los electores ante unos envases políticos que no responden a lo que anuncian o no anuncian a lo que responden.

A lo largo del año anterior, y de los dos meses iniciales del presente, moderados y socialdemócratas de Unión de Centro Democrático han coincidido en denunciar la adulteración de la etiqueta centrista: por distintas razones, han señalado, no es lo que dice ni dice lo que es; por el contrario, socialdemócratas y socialistas tradicionales del Partido Socialista Obrero Español no pugnan por el etiquetaje sino por la ausencia del mismo. Peor lo tienen los comunistas que disputan tanto por el contenido de la etiqueta (es un fraude según los eurocomunistas) como por la ausencia de una etiqueta comunista (versión de los prosoviéticos o radicales).

Este combate en torno al etiquetaje, que esconde una pugna real por controlar la etiqueta en cuestión, lleva a que cada una de estas siglas se bifurque en propuestas etiquetadoras contradictorias: múltiples proposiciones centristas, socialistas y comunistas. Y, no hace falta aclarar, que la resolución de estas icógnitas en el contenido y en la existencia de las etiquetas no es para hoy, mañana o pasado mañana: será un largo proceso histórico que acabará decantando el paso de alguna de estas siglas a la fase de partido político definido y consolidado. En la presente coyuntura, con la excepción de los partidos

nacionalistas periféricos, todas las fuerzas políticas son etiquetas; solo una etiqueta va la primera en la carrera de la transformación en partido político (PSOE) y solo un partido político lleva ventaja en la carrera de la transformación en etiqueta (PCE).

La reacción de los consumidores

Ante esta situación del mercado político, en el que acaba de desembarcar la etiqueta liberal para probar fortuna con tanto derecho como cualquier otra competidora, la reacción de los consumidores es la de una creciente abstención en la compra del voto y, no digamos, de la militancia; si el proceso democrático está dominado ahora por la fase previa del etiquetaje, lógica consecuencia del largo vacío político de 40 años de dictadura, hasta que se conozcan las etiquetas y su contenido exacto irán disminuyendo progresivamente el número de los afiliados y de los electores. Después de un primer momento de euforia, normal tras cuatro décadas sin ejercicio del derecho de voto, los consumidores van distanciándose de las urnas en la medida que se ven abrumados por una publicidad electoralista que confunde más que orienta; más aún, las recientes experiencias pasadas, haber votado por una etiqueta que luego defrauda, alejan a los ciudadanos de las elecciones.

El peligro de esta fase etiquetadora y de la reacción de los consumidores es doble: de un lado, que la clase política se instale como tendero político sin superar la etapa de los «ultramarcos y coloniales» de la política; de otro lado, que cuando se salga de esta situación la abstención haya alcanzado tales cotas que ya sea demasiado tarde. En cualquiera de las dos hipótesis el sistema democrático no sobreviviría: no hay democracia cuando la venta electoral de las etiquetas no encuentra un número significativo de compradores. De ahí que sea necesario que salgamos de este momento simbolizado por el slogan «la etiqueta al poder»; pero mientras tanto la etiqueta liberal tiene los mismos derechos, ni más ni menos, que las restantes etiquetas. El riesgo no está en una etiqueta más sino en que la vida política esté presidida por el régimen de las etiquetas siete años después de que el máximo detentador de la etiqueta autoritaria desapareciera físicamente. ■ F. L. A.